

Juicio
acerca
de
este con-
quista-
dor.

Mal pudiera juzgarse con acierto á un príncipe que murió en lo mejor de su carrera y de sus esperanzas; pero los que en el discípulo de Aristóteles no saben sino maldecir al ambicioso conquistador, y compararlo á Atila ó á Gengis-Kan, muestran tan poco juicio como aquel pirata que, cogido por él, le dijo: *Yo infesto los mares en virtud del mismo derecho con que tú infestas el mundo*. Un conquistador es siempre un azote de que se vale la Providencia para advertir de tiempo en tiempo á los pueblos cuánta distancia hay de la gloria á la felicidad, de la victoria á la virtud; pero la misma Providencia emplea estos sangrientos instrumentos para grandes fines; y en mi sentir, ningún otro hombre ha parecido nunca más digno de cumplirlos que el héroe macedonio (*).

Naturalmente liberal y magnánimo, supo despreciar á los lisonjeros; y los hechos desmienten la necia vanidad que le han atribuido retóricos posteriores. *¡Cuánto me agradaría, decía, resucitar dentro de pocos años para oír lo que se hablará de mí! Ahora no me sorprende que todos me alaben; unos temen, otros esperan*. En su navegación por el Hidáspes, Aristóbulo, su historiógrafo, le leía el diario de la expedición á la India; y porque revestía la verdad de muchas ficciones, le quitó Alejandro el manuscrito y lo arrojó al río, diciendo: *Otro tanto merecerías tú, que te atreves á atribuir hazañas falsas á Alejandro*. Un arquitecto se presentó á él, proponiéndole cortar el monte Átos á su semejanza, sosteniendo con una mano una ciudad y manando de la otra un río, y Alejandro le rechazó. Ya moribundo, le preguntó Pérdicas, cuándo quería que le fuesen tributados los honores divinos: *Cuando seas dichosos*, le contestó; esto es, nunca; pues él preveía y decía que sus exequias se celebrarían con extraños juegos.

Personalmente valeroso, se arriesgaba como el último de sus soldados; participaba de sus

nios, creyéndole muerto, se acercaron con gritos á las puertas, y allí amenazaban á los amigos mismos del rey, hasta usar con ellos de violencia. Abiertas que les fueron las puertas, desfilaron todos con una simple túnica por delante de su lecho. Aquel día mismo, Píton y Seleuco enviaron al templo de Serapis á preguntar al dios si debían trasladar allá á Alejandro; y el dios respondió que le dejaran donde estaba. El día vigésimo octavo, por la tarde, espiró. La mayor parte de estas cosas, escritas del anterior modo, se encuentran en los diarios palabra por palabra. PLUTARCO en *Alejandro*. Esto desvanece toda sospecha de envenenamiento. Plutarco observa sabiamente que los rumores de envenenamiento se difundieron algunos años después, por los que querían acomodar á tan gran drama un desenlace trágico.

(* Que Alejandro fuese el hombre más digno de ser el azote de la humanidad, no es por cierto grande elogio. El haber sido instrumento de la Providencia, no es tampoco mérito especial: todos lo son en mayor ó menor escala; y respetando los decretos del Ser Supremo debemos abominar las acciones y compadecer las personas de los que por su carácter y costumbres han tenido el triste privilegio de ser elegidos como instrumentos de ruina y desolación. Todas las altas cualidades de Alejandro, sus poéticos planes, su imaginación, sus vanidosos arranques de generosidad, no bastan para borrar de su historia las grandes manchas de los asesinatos de Tebas, de las crueldades de Tiro, del incendio de Persépolis, y de la muerte de muchos de sus más fieles adictos.

(N. del T.)

trabajos, y cuando sediento en los desiertos de la Libia se le trajo un vaso de agua, lo derramó en el suelo, no queriendo ser él solo el que satisficiera una necesidad común. Atendía continuamente al despacho de los negocios; se le encontraron notas sobre lo que trataba de hacer, y en los mismos días de su enfermedad se entretenía en escuchar de la boca de Nearco el relato de sus empresas, y hablaba con los generales sobre el modo de proveer dignamente los puestos vacantes.

Generoso en las amistades, distribuyó todos sus bienes entre los suyos antes de partir á una expedición, á que la fortuna ha quitado la nota de temeraria; y visitó el sepulcro de Aquiles, diciendo que más le envidiaba por haber tenido un fiel amigo, que por haber sido celebrado por el insigne Homero. Habiéndosele escrito que Filipo, su amadísimo médico, quería envenenarlo, presentó á este la carta acusadora, en el momento de tomar la bebida que le había preparado. Cuando la madre de Darío se echó á los pies de Efestion, tomándole por Alejandro, este le dijo: *No te equivocaste, oh madre; es otro yo*.

Los honores que tributó á Efestion, después de muerto, publican el amor que le profesaba, y á la par el espíritu novelesco que dominaba en su índole, y que imprimió á sus hechos cierta fisonomía oriental. Nada debía ser en él mediano; despreciarlo todo, ó todo poseerlo: por eso viendo al Cínico revolcarse sin deseos en su tonel, exclamó: *Si no fuese Alejandro, quisiera ser Diógenes*.

Habiéndole enviado Ada, reina de Caria, dos cocineros de los más expertos en su arte, los despidió, diciendo que tenía dos que le había dado su maestro: para la comida, caminar antes de amanecer, y para la cena comer con sobriedad.

Vencedor en el Gránico, perdonó á los vencidos; en Iso dió tregua á las alegrías del triunfo para consolar á la familia de Darío; habiendo encontrado á la mujer y las hijas de este, evitó hasta el peligro de verlas; y á su enemigo muerto le tributó dignos honores. Compárese su conducta con la indecorosa alegría con que festejó Atenas la muerte de Filipo; con la insaciable codicia y parlera popularidad de los demagogos griegos; con la descarada obscenidad de los héroes y de las ciudades. Estas mantenían un tráfico infame de muchachos prostituidos; y habiendo desembarcado Teodoro de Tarento con un cargamento de ellos, Filoxeno, gobernador de la costa, escribió á Alejandro, proponiéndole dos de singular hermosura. Alejandro le contestó indignado, preguntándole de qué innoble sensualidad le había oído jamás tachar para hacerle semejante proposición. De igual modo reprendió á Agnon, el cual le escribía proponiéndole la compra de un tal Cleóbulo, que vendía en Corinto su cuerpo por enormes sumas.

¡Cuán deplorable es que tan bellas cualidades, que le presentan como el único héroe caballeresco de la antigüedad, estuviesen corrom-

pidas por una índole exageradamente viva, por la prosperidad continua, y por esa pésima raza de enemigos, los aduladores! Los antiguos cortesanos de Dionisio el Joven, tirano de Siracusa, acudían, después de la caída de este, á adular á Alejandro (1). Los sofistas que extraviaban al pueblo en Atenas, empleaban sus artes con el héroe, adormeciendo los remordimientos de sus primeras iniquidades. Estos justificaban el asesinato de Clito, atribuyéndolo uno á la cólera de Baco, y diciendo otro que al lado de Júpiter está la justicia, para indicar que son justas todas las acciones de los reyes (2). Calistenes disculpaba indirectamente la muerte de Parmenion; Anaxarco insinuaba á Alejandro que mandase traer á la mesa las cabezas de los reyes y los sátrapas; y cuando oía ruido en el cielo, le preguntaba: *¿Eres tú quien truena, oh hijo de Júpiter* (3)?

Efectuábase el despojo del tesoro de Susa donde se encontraron cuarenta y ocho mil talentos en barras, y nueve mil en dinero; telas de púrpura que valían cinco mil talentos, y tan hermosas, que parecían acabadas de salir de manos del obrero, aunque hacía ciento noventa años que estaban allí, vasijas llenas de agua del Nilo y del Danubio, para mostrar la extensión del imperio persa, y un trono maravillosamente rico. Sentóse en este Alejandro, y como era de corta estatura, no llegaba con los pies al suelo, viendo lo cual, acudió uno y le puso por escabelo la mesa de Darío. Entónces un eunuco se echó á llorar, considerando que servía de banco al nuevo señor aquel mueble donde su antiguo amo se había sentado tantas veces (4). El Macedonio conmovido mandó que la quitasen; pero Filótas se opuso diciendo: *No fué puesta ahí de orden tuya; por lo tanto nada tienes que reprenderte; la Providencia lo permitió, para indicar la inestabilidad de los humanos imperios*. Y Alejandro mandó entónces que se le dejaran debajo de los pies. Damarato de Corinto, viéndole sentado magistralmente en el trono, lloraba de ternura, proclamando infelices á aquellos que habían muerto antes de contemplar á Alejandro en toda su majestad; y Atenofanes de Atenas, para divertirlo mientras estaba bañándose, le sugirió la idea de ungir de nafta á un muchacho y prenderle fuego. La cortesana Tais se consideraba suficientemente recompensada de las incomodidades que había sufrido en sus correrías, con haber tenido á sus pies las magnificencias de los monarcas persas. *Pero ¡qué gusto sería, continuó, si el palacio de Jerjes fuese incendiado, como él incendió á Atenas, y se divulgase que una mujerzuela vengó á Grecia, mejor que antes lo hicieron los capi-*

tanés de tantas tropas? Aplausos y gritos apoyan este discurso; Alejandro, embriagado, coge la antorcha y Persépolis es toda llamas.

De esto modo la corrupción fué grande cuanto era grande el hombre. Se presentaba unas veces vestido de Mercurio, otras de Hércules, otras de Júpiter, para llevar á cabo infamias en infames transformaciones (*): para amoldarse á los usos de los vencidos, se hizo supersticioso en Egipto, disoluto en Persia, déspota y de consiguiente cruel, ya á causa de la embriaguez, ya movido por alguna sospecha: la horrible mortandad de Tebas, los defensores de Tiro y de Gaza crucificados, el incendio de Persépolis, el asesinato de sus amigos, claman contra él ante el tribunal de la posteridad, y allí lo acusan también las sospechas homicidas, culpa que comparte con demasiado número de reyes, al paso que comparte con pocos la gloria del perdón. A los Griegos, amotinados frecuentemente cuando estaban á sus órdenes, no les impuso más pena que la de licenciarlos; hizo que fuesen llamados á sus hogares en Grecia todos los desterrados, para que ninguno fuese desgraciado mientras él reinase, y perdonó á los asesinos que le había enviado Darío. De todo esto puede deducirse, que las buenas cualidades le eran propias, y las malas provenían de la imitación ó de los malos consejos (**).

Se le echó en cara que se había hecho persa; sin embargo, los grandes conquistadores del Asia, ó fueron bárbaros, y aceptaron las constituciones existentes allí, ó civilizados, y comprendieron que debían plegarse á ellas. Los sucesores de Alejandro quisieron conservarse griegos, y de aquí se originó su flaqueza y la facilidad con que los Partos destruyeron su imperio. Si él hubiese vivido más, si hubiera tenido un sucesor digno de su gloria, entónces se habría consolidado una dinastía vigorosa; la Persia, reformada, hubiera sometido á la Grecia, alargando desde allí su mano á Cartago; Roma hubiera sucumbido en la lucha con esta; sobre la estirpe guerrera de Jafet hubiera prevalecido la comercial de Sem; y un orden moral y político, absolutamente diverso, habría dominado el porvenir de la Europa.

La fundación de Alejandría ofrece una gran prueba del conocimiento que su fundador tenía de las situaciones convenientes para poner en comunicación el mundo, que él pensaba gobernar desde Babilonia, una de las primeras capitales del universo. Ni fué la idea política y comercial la única que indujo á este héroe oriental, aunque natural de Macedonia, á fundar á Alejandría; pues ó vió, ó como es propio de los grandes hombres, advinó la importancia intelectual que esta ciudad debía adquirir. Ecba-

(1) Καὶ ἐκ τούτων οἱ πρότερον καλούμενοι Διονιστιοκόλας, Ἀλεξανδροκόλας ἐλάττωσαν. ATENEJO, XII, 538.

(2) ARRIANO, IV, 9.

(3) ATENEJO, VI, 57.

(4) Mesas bajas á la oriental. Véanse JUSTINO, XI, 45; DIONISIO XVII; ARRIANO, III, 26; Q. CURCIO, V, 2; PLUTARCO en *Alejandro*.

(*) Aquí se ve que no fué tanta la imprudencia de Filoxeno y Agnon cuando le hicieron las proposiciones de que antes se ha hablado.

(N. del T.)

(**) Es ya añeja costumbre llamar á los príncipes malvados mal aconsejados príncipes.

(N. del T.)

tana y Persépolis, ceñidas de antigua gloria, podían llegar á ser el centro del imperio que él ideaba; podía trasferirlo á las playas del Asia Menor, en medio de naciones griegas; y sin embargo, prefirió este otro límite del mundo oriental con el occidental. El esplendor de la Grecia se habia eclipsado; Tébas estaba destruida; Atenas maltratada por bajas ambiciones; Esparta habia degenerado de sus tradiciones severas; la libertad era un nombre vano, juguete de los demagogos, y la astucia ocupaba el puesto del valor. También las naciones de Asia yacían enervadas y serviles, y los heterogéneos elementos del reino de Persia se descomponían al primer choque. Parecía que el mundo antiguo necesitaba regenerarse con un nuevo elemento; y Alejandro, jefe de dos pueblos igualmente corrompidos y de costumbres é instituciones distintas, tuvo la misión de recomponer el nuevo siglo, fundiendo al Oriente con el Occidente.

Alejandro fué desde su origen la mansión destinada al eclecticismo, con su población compuesta de Griegos, Asiáticos y Judíos, y sus templos para todos los cultos. Un nuevo orden de cosas exige un nuevo símbolo, un nombre nuevo, un centro donde el pensamiento providencial del fundador pueda arraigarse y desarrollarse, sin estorbo de instituciones anteriores, y tal fué Alejandría.

Una conquista que abrazó ó tocó á todas las naciones que tenían historia; excepto al Egipto, Cartago y Roma, debia necesariamente producir grandes efectos en el mundo. La Europa se aproximó á las fuentes del dogma y de la ciencia, é hizo grande acopio de conocimientos, no solo geográficos, sino también filosóficos. Los libros transmitidos á Aristóteles no hay duda que fueron muy útiles al filósofo; y el que se resistía á creer que este tomara de ellos tanta parte de su lógica como los modernos encuentran en los sistemas indios, concederá á lo ménos que sus obras pasaron á aquellas regiones, lo que siempre viene á ser una participación recíproca de luces. La civilización griega se difundió por la Alta Asia; y aunque es cierto que no pudo prosperar allí, á causa de la irrupción de nuevos Bárbaros, de seguro veríamos muchos de sus efectos, si conociésemos mejor las historias asiáticas.

Alejandro murió en la edad mas favorable para las grandes empresas; cuando la juventud no ha perdido aun nada de su ardor, y sin embargo la experiencia y la reflexión han madurado al hombre, dándole las cualidades que le faltaban en sus verdes años. Murió antes de haber consolidado nada, y su monarquía cayó desmembrada en manos ineptas. Con todo, la civilización se aprovechó de ella: una era nueva principia para la humanidad; las naciones que hasta entonces habian permanecido divididas por las leyes, el gobierno y las costumbres, empiezan á mezclarse entre sí, encaminándose mas de acuerdo á esa civilización común que

la espada de Roma facilitó á la cruz de Cristo (1).

Con la expedición de Alejandro se completa el ciclo poético de la Grecia, representado por Homero, Platon, Aristóteles y él; y aquella cesa de ocupar el primer puesto, ya en el reino político, ya en el intelectual; las fuerzas que le restan las desperdicia en discordias intestinas; Esparta cae; se establece el poder despótico, y las violencias de los Etolios aceleran la pérdida de la independencia, retardada en vano por los heroicos esfuerzos de los Aqueos.

Aun literariamente, despues de recorridos los dos períodos de la fantasía y de la reflexión, de la poesía y de la filosofía, no le quedaba á la Grecia sino un campo, el de la crítica. Esta fué la obra reservada al nuevo establecimiento de aquella nación en Alejandría, que fué centro de la actividad intelectual, como lo fué Roma de la actividad política. No entraba con esto la ciencia en un nuevo sendero; sino que, despues de una larga y fructuosa peregrinación, volvía al hogar de sus abuelos, rica con tantas adquisiciones hechas al volver á ver con Alejandro los misteriosos templos de Egipto y las escuelas indias.

CAPÍTULO XX

Literatura griega.

La época que estamos examinando es también la mas gloriosa de la Grecia en cuanto á las bellas letras; y al paso que la lucha con los Persas despertaba el patriotismo, las fuerzas del entendimiento se desarrollaban, elevándose este á mayor altura que nunca. Ni podríamos decir que habíamos comprendido la Grecia, si la observásemos solo por el lado político y no en todo el círculo espléndido que recorrió. Sin embargo, no emprendemos este estudio con aquella admiración que reconoce un mérito único, el carecer de defectos, y que presenta á los clásicos como indeclinables modelos, cual si quisiese excluir la posibilidad del progreso, y privar de toda esperanza á la posteridad. Fueron grandes, pero fueron hombres; fueron originales, y así los que pretenden imitarlos son los que mas se separan de ellos (2).

(1) Se sabe que Alejandro mandó que su cadáver fuese sepultado en el templo de Júpiter Ammon; pero Tolomeo lo sacó de allí y lo hizo sepultar en Alejandría. Actualmente se pretende haber descubierto este sepulcro, y el doctor Eduardo Daniel Clarke lo llevó á Inglaterra y quiso probar su autenticidad. (*Testimonies respecting the tomb of Alexander*.) Es un sarcófago de una sola pieza, que tiene diez pies y tres pulgadas y media de largo, cinco pies y tres pulgadas y media de ancho y tres pies y diez pulgadas de alto, cubierto de jerozóliteo; cuya explicación es la única que podrá revelarnos la certeza de su origen.

Acerca de la extensión del imperio de Alejandro, véase á VAN DER LYS, *Tabula geographica imperii Alex. M.* Leiden, 1829.

(2) Véanse F. SCHÖLL, *Historia de la literatura griega profana desde su origen hasta la toma de Constantinopla*. 1823.

F. JACONS, *Ueber einem Vorzug der griechischen Sprache*. Munich 1808.

FARNICUS, *Bibliotheca griega*.

Federico Augusto Wolff, cuyos *Prolegomena* son importantísimos en este particular, calculó que de literatura clásica han llegado á nosotros, entre completas y mutiladas, 1,600

Las poesías estáticas del Oriente son un aspecto material de las cosas mas extrañas á la materia; una personificación constante de las ideas y de las cosas espirituales; una intervención de los sentidos en los dominios mas sublimes de la religión. Bajo tales impresiones duran la fe y la obediencia; en el jefe de un pueblo se reconoce al pueblo entero, y en él se ven claras las ideas y los sentimientos que cada uno encuentra confusos en sí mismo. Á la fe sucede luego la variedad de opiniones y de creencias, al heroísmo el cálculo; y aparece el efecto de la voluntad. En este estadio encontramos á la poesía griega.

La veneración que se profesó á Lino, Orfeo y Aníon, no prueba tanto su mérito como la sencillez de los primeros pueblos de Tracia y de Grecia, y lo dispuestos que estaban á admirar; disposición que en un pueblo nuevo es indicio de genio. Poseemos tan poco de aquellos poetas, que hemos creído poder hasta el momento presente guardar silencio acerca de sus obras. Lino, hijo de Apolo, y Panfo, contemporáneo suyo, compusieron himnos; Oleno introdujo varias divinidades que cantó, y alabaron á los dioses los dos Eumolpos, Melampo, Filamon, Orfeo y Museo, poetas, músicos y sacerdotes, ó á lo ménos maestros de cosas sagradas é institutores de misterios, mencionados por todos, pero de los cuales ninguno ha dado sino relaciones mezcladas con fabulas de origen muy posterior.

Su poesía es la expresión concisa de la ciencia que se habia conservado oculta en los santuarios; expresión en que se busca mas bien la brevedad que el arte, sin nada de aquel artificio con que la *sabiduría nos arrebató por medio de magníficas ficciones* (1). Son los rudos acentos de un cantor sagrado, que deposita en imágenes transparentes una palabra profunda, que se graba en la memoria al paso que impera en la voluntad, y rechaza las gracias con que los poetas, idólatras de lo bello, halagan la imaginación de los pueblos civilizados.

Perdiendo luego los poetas este carácter sagrado, con haber hecho salir la ciencia y la moral de los templos, toman el oficio de maestros de la vida, y exponen en forma de máximas las verdades prácticas. La literatura gnómica no se propagaba por medio de libros, sino que se cantaba en las fiestas, en los banquetes, en las reuniones públicas. Conservamos de este género los Versos Áureos, sean ó no de Pitágoras, que por un lado se asemejan á los cantos teológicos, y por otro participan de la poesía lírica de los festines y los regocijos públicos. Teógnides de Megara, al dictar sus preceptos al jóven Cirno, exalta el gobierno de los nobles, como dórico que era y emigrado, y pondera el

obras, no comprendiendo las de los escritores sagrados y eclesiásticos; y de estas las tres cuartas partes griegas, entre ellas 450 anteriores á Livio Andrónico, el escritor romano mas antiguo.

(1) *Σοφία δὲ — κλέπτει παράγοισα μύθοις.* PINDARO *Nem.* VII.

escándalo de la democracia, en la cual contaminan su sangre las doncellas bien nacidas, y la magistratura y el sacerdocio caen en manos plebeyas. Solon de Atenas y Jenofonte de Colofon alcanzaron también fama, exponiendo en verso la filosofía práctica y la política, mientras que otros, personificados en el tipo ideal de Esopo, la ponían en apólogos mas populares.

Muchos seguramente tomaron por argumento de mayores cantos las empresas nacionales y divinas; y es ya lengua de un pueblo culto é instruido en las letras la que emplea Homero, que á todos los venció y oscureció. Siguiéronle una multitud de imitadores, que no contentándose con repetir los divinos cantos del poeta meonio, querían rivalizar con él en poemas, que vivían lo que viven las imitaciones.

Así como la poesía homérica era la de la raza conquistadora y guerrera, la de los vencidos y los agricultores halló su representante en Hesiodo. Separándose este de los poetas cíclicos, que no sabían cantar sino á Tébas y á *Ilion arrasada dos veces y otras tantas levantándose altivamente sobre los mudos caminos*, aplicó el ingenio á dos cosas de capital importancia en la constitución de un pueblo, á saber, el gobierno doméstico y la religión. Si recuerda á los héroes destructores de Troya, lo hace para censurar su época, doliéndose de no haber nacido antes ó mas tarde; y refiere el apólogo del risueño que se lamenta en vano entre las garras del gavilán; pues *el que clama contra la opresión, además de continuar oprimido, tiene que sufrir dolores y ultrajes* (1). Excitando á las virtudes domésticas, dice que una ganancia injusta es peor que una pérdida, y recomienda el convidar con frecuencia á los amigos y vecinos, porque la alegría de los convidados disminuye el gasto del banquete, y en caso de necesidad el buen vecino acude desnudo, mientras que los parientes se detienen á vestirse.

No hablaré en este lugar de su *Teogonia*; pero sí diré que Júpiter aparece en ella ménos rudo y material (2); de él emana la justicia; y «; desgraciado del que jura en falso! se hace á sí propio una incurable herida, y sus descendientes perecerán, al paso que florecerán los del justo. El que mal posee, el que viola la hospitalidad, despoja á los huérfanos, contamina el lecho del hermano, ultraja las canas de su padre, ó descuida los deberes piadosos de la mañana y de la tarde, está amenazado por la cólera de los dioses (3). Sin embargo, los castigos de que habla no se refieren á otra vida, sino tan solo á esta, donde los pueblos serán castigados por los reyes, y los reyes por los pueblos; y el delito de uno solo causará la ruina de una ciudad entera. En los puntos en que, por el contrario, se observa

(1) *Obras*, Vs. 200, 399.

(2) *Πάντα ἰδὼν Διὸς ὀφθαλμοῖς, καὶ πάντα νοήσας.* Vs. 263.

Júpiter que todo lo ve con sus propios ojos y todo lo sabe.

(3) Vs. 319-338.

Poetas
épicos.

Hesiodo

Poetas
gnómicos.